

gos , como parientes. El hijo de mis amos habia sido padrino de bautismo de una hija del oficial, á quien todos amábamos mucho. Mucha generosidad por una parte y mucho reconocimiento por la otra unian á estas dos familias. Diez años despues del nacimiento de esta niña , murieron mis amos casi á un mismo tiempo. Su hijo usó de su libertad para viajar. Su ausencia duró cinco años. Desde mucho antes nuestro vecino habia sucumbido á una larga enfermedad , dejando á su muger y su hija casi en la mendicidad ; pero esto no impidió á madama Volkoff, que este es el nombre de la viuda, dar una buena educacion á su hija. Mi Amo volvió , despues de haber

gastado tres ó cuatro años de sus rentas. Al dia siguiente de su llegada fue á visitar á nuestra vecina. Su hija tenia entonces diez y siete años ; era hermosa ; en mi vida he visto una que se le parezca. Mi Amo no conocía esta niña , á quien habia acariciado muchas veces. A la primera vista se enamoró ; pero sus deseos eran impuros , porque es incapaz de amar honestamente. Casi no salia de su casa. Llenaba de regalos á la madre y á la hija. M.^{ma} Volkoff , demasiado virtuosa y sencilla , no veia en todo esto mas que un buen padrino. Con todo , cuanto mas daba , menos le amaban. Machinka, tímida por naturaleza , ocultaba su odio al bienhechor de su familia , con un ai-

re de respeto y reconocimiento.

A pesar de todo esto, mi Amada adelantaba. Enfadado de una resistencia con que no contaba, concibió la idea de sobornar á la doncella de la casa. Esta vendió el honor y el reposo de su jóven Ama. Machinka no pudo escaparse del lazo que le tendian. Jamas he podido saber cómo se hizo todo esto: creo que fue una tarde que habia salido la madre. Al dia siguiente cayó mala la desgraciada jóven, y estuvo en peligro bastante tiempo. Por fin se restableció; pero concibió un horror terrible por aquel que habia abusado de su inocencia. Ella queria decírselo todo á su madre; pero se detuvo por las amenazas de su padrino, por la

desesperacion que causaria á M.ma Volkoff, y por el temor de privarla de los beneficios de su protector; por esto calló la terrible verdad. ¡Ah, señor Paradikin! habladme de los ricos: aman á quien quieren, y se casan con quien quieren: en todos los estados es muy mala la pobreza.

Desde este momento tomó Machinka tan bien sus medidas, que jamas pudo su padrino encontrarse solo con ella. Bajo el pretesto de su salud, se acomodó en la misma habitacion que su madre, y andaba siempre tan inmediata á ella como su sombra. Mientras mas huía, mientras mas frialdad mostraba, mas amor concebía su padrino. Es lo que yo he observado

siempre : entre los pobres , si nos aman , amamos aun mas ; pero entre los ricos sucede todo lo contrario. Si Machinka hubiera amado á mi Amo , es bien seguro que la hubiera abandonado á los quince dias.

Algun tiempo despues , mi Amo , triste , celoso y desconsolado , hizo un viage bastante largo , y al momento Machinka tomó un poco mas de libertad. Entonces mi Amo permaneció tres meses en Moscou. Entre tanto M.ma Volkoff y su hija fueron convidadas á un baile en casa de un General , antiguo amigo de su padre , que vivia en una ciudad inmediata. Hubo mucha gente , y era la primera vez que la señorita Volkoff se encon-

traba en una concurrencia tan numerosa. Todos decian que era muy hermosa : los jóvenes se quedaban admirados al verla , y se les veia al rededor de ella como andan las mariposas cerca de la luz. Uno de ellos bailaba casi siempre con Machinka ; y cuando no bailaba con ella , usaba de mil atenciones con su madre. Este era el mas enamorado , como vereis en adelante.

Las Señoras volvieron á sus casas , y ocho dias despues escribió el General á M.ma Volkoff , pidiéndole la mano de su hija , en nombre del joven bailarín. El salia garante de su fortuna , que no era despreciable , y de sus excelentes prendas , cosa mas esencial aun.

La madre , contentísima de en-

contrar un partido para su hija, que de ningun modo podia esperar, dió las gracias al General, y le dijo: que con su recomendacion autorizaba las visitas del jóven pretendiente. A Machinka no le era indiferente; se amaban uno á otro. Resolvieron no pedir su consentimiento al padrino hasta despues de obtener el de la familia del jóven.

A su vuelta de Moscou Mr. Voronitcheff encontró mas frialdad en el cariño de su ahijada. Pocos dias despues la doncella de Machinka le puso al corriente de todo lo que habia pasado durante su ausencia. Una osa, á quien acaban de quitar sus hijos, está menos furiosa que nuestro celoso a-

mante. Llenó de injurias á M.ma Volkoff, le echó en cara su ingratitude, la amenazó con oponerse á este enlace, reprobó la eleccion de un hombre, que segun él nada poseia; en fin, declaró con arrogancia que él solo tenia derecho de casar á su ahijada. Despues de haber declarado tan positivamente su voluntad, como si hubiera podido disponer soberanamente de esta familia, partió sin escuchar las reflexiones de la madre, ni conmoverse con sus lágrimas. Machinka no estuvo presente á esta escena; se escondió en el momento que oyó los pasos del caballo de su terrible padrino.

Se pasó un mes sin que mi Amovolviese á casa de la viuda. Cre-

yeron que se habia arrepentido, y que por fin consentia en el matrimonio. Yo, que no era tan confiado, temí siempre algun complot, porque se encerraba mui á menudo con el repostero, que era su confidente, y tenian sus conciliábulos secretos. Me dediqué á observar á este hombre, el mas perverso de cuantos conozco; le encontré muchas veces á media noche en el camino de la casa de M.^{ma} Volkoff, y se dirigia en seguida á la habitacion de mi Amo. Como no se hablaba de ningun delito en la comarca, sospeché que el Amo y el criado trataban de alguna intriga amorosa.

Repentinamente la tristeza de mi Amo se convirtió en una gran-

de alegría; nos trataba con dulzura; esta novedad nos llenó de contento á todos: ¡tan fácil es contentar á nuestros súbditos! ¿quién puede saberlo mejor que vos, señor Paradikin? Vuestros súbditos son mucho mas felices que muchos hombres libres.

Un dia, que era por cierto el de san Miguel, y que no le olvidaré en mi vida, me hizo llamar mi Amo; le encontré solo. Habia andado mucho y estaba cansado: me hizo sentar, lo que no me habia sucedido nunca.

«Gregorio (dijo con un aire de confianza), tú sabes que me opuse fuertemente á la boda de mi ahijada con ese jóven que ha recomendado ese necio General; pero ya

me he informado, y todos dicen unánimes que es un jóven de buena familia; es lo que no podia esperar M.^{ma} Volkoff que nada tiene: en fin, el partido es conveniente, y yo me encargo de todos los preparativos de la boda. Es necesario que vayas al momento á avisarles de mis disposiciones. He sido algo injusto con ellas, y quiero reparar mi falta. Pero cómo me voi mañana á Moscou, dí á Machinka que es necesario que venga hoi mismo á disponer lo necesario para la boda: esta se hará á mi vuelta. Toma un carruage para que venga tambien M.^{ma} Volkoff; y si se encontrase allí el que ha de ser su esposo, dile de mi parte que acompañe á las damas; espero á los tres.»

Salí de su gabinete mui contento de mi comision, y llegué bien pronto á la casa de M.^{ma} Volkoff. Me sorprendí cuando me dijeron que estaba mala, y que por consiguiente no estaba en disposicion de salir de su casa. En cuanto al prometido esposo, acababa de marcharse á casa del General. A pesar de todo, nada sospeché. Me hicieron ver á la madre; le dije todo lo que me habia mandado mi Amo, añadiendo que sentiria mucho ver solo una persona en vez de tres. A la sola idea de ir en casa de su padrino, Machinka sintió una grande emocion; estaba pálida como la muerte; creí que iba á desmayarse; nos dijo, que quisiera mejor morir que volver en casa de mi

Amo. Su madre la consoló, y la dijo que debia agradecer las buenas intenciones de su padrino, y que no debia hacer un enemigo del hijo de sus protectores.

Apoyé estas exhortaciones y añadí mis instancias: «Nada temais, dije á Machinka, no me separaré de vuestro lado; quedareis satisfecha de esta visita; mi Amo quiere serviros de padre: ¡oh! está mui mudado. No le indispongais con una repulsa que no perdonará jamas.» ¿Qué podré deciros, señor Paradikin? cedió por último. «Lo quereis, dijo á su madre, no resisto mas. Suceda lo que quiera, será un consuelo para mí haberos obedecido. Vamos, Gregorio, partamos, y que Dios nos proteja.»

En el momento de subir al carruage se buscó á la criada por todas partes, pero en vano; por fin vinieron á decirnos que se habia torcido un pie. Este incidente afligió bastante á su Ama, yo creí que ya no salia de su casa; pero su madre la animó, diciéndola: «hija mia, me lo has prometido.» ¡Ah! pobre jóven, si hubiera sabido la verdad.... pero era lo que tenia que suceder.

Luego que Machinka vió la casa de su padrino, se agarró fuertemente de mi brazo, y me dijo: «Gregorio, en nombre del cielo, no me dejes sola con tu Amo; y si te manda retirar, busca en tu buen deseo un motivo para no obedecerle.» Pronto entramos en ca-

sa, en donde no encontramos ningun criado, lo que nunca sucede.

Al llegar á este punto, interrumpió Gregorio su narracion para observar si le escuchaba alguno, prestó su atencion y conoció que nadie podia observarle. Tranquilo ya con esta diligencia, volvió á tomar su asiento, y continuó de este modo:

Ya habiamos subido la escalera que conduce á la habitacion de mi Amo, cuando á la entrada del corredor se abrió una puerta y se presentó el repostero. «Por aquí,» dijo. Machinka entró: iba á seguirla, cuando dijo él, cerrando la puerta: «Mi Amo os espera; id á recibir sus órdenes.» A estas palabras me miró Machinka, y esta

mirada me llegó al corazon; parecia acusarme de haberla engañado. Quise resistir al repostero; pero me cerró la puerta: todo esto fue con mas celeridad que un relámpago. Fui al gabinete de mi amo; su aspecto me llenó de temor. Ya no tenia aquel aire de bondad que me habia manifestado poco antes; su semblante estaba trastornado, y sus movimientos eran convulsivos: nada me habló de mi viage, y me mandó con dureza que hiciese una relacion de los trabajos que debian hacerse en todo el mes; este era un pretesto con que querian alejarme. Era necesario obedecer; pero al mismo tiempo hice propósito de espiar, si era posible, todas las acciones de mi Amo.

¡ Ah, señor Paradikin! cómo me arrepentí entonces de no haber escuchado los presentimientos de esta desgraciada jóven. ¡ Ah! los remordimientos que me atormentan con estas memorias , se renovarán á mi última hora. ¿ Pero cómo podría yo dejar de ser el juguete de tan detestable hipocresía? Otros mas maliciosos que yo hubieran sido engañados. Desde estos sucesos Mr. Voronitcheff ha obrado siempre á cara descubierta ; jamas le he visto tomarse el trabajo de disfrazar sus sentimientos : es imposible hallar reunidos en una sola persona todos sus defectos. Es imposible ser á un mismo tiempo hipócrita y violento , humilde y furioso.

No queriendo que supiesen que podia observarlos , subí á mi habitacion ; pero no estuve en ella mucho tiempo. Abrí silenciosamente la puerta y bajé al corredor: en toda la casa reinaba un profundo silencio. Habia advertido á mi llegada , que los trabajadores estaban todos ocupados en la parte mas retirada del jardin. Me acerqué de puntillas hasta el gabinete de mi Amo , y no percibiendo ruido alguno , creí que Machinka habia sido conducida á una sala baja mui retirada , que era el lugar de los conciliábulos. Si mi sospecha era justa , podia hacerme adivinar todo lo que iba á suceder. En vida de mis pobres amos se hacian allí comedias. Mi buen Amo , mien-

tras se lo permitieron sus achaques, iba á ver el espectáculo á un gabinete oculto, colocado como un palco enfrente del teatro. Me oculté en este gabinete sin que nadie me viese; la puerta estaba abierta: no siempre los malvados toman todas las precauciones necesarias para no ser descubiertos: una cortina impedía que me viesen, y me dejaba verlo todo. La sala estaba sola. En ella habia en una mesa vestida con un tapete dos luces encendidas á causa de la oscuridad, porque la única ventana estaba cubierta con las ramas, un sillón junto á la mesa, una silla algo separada: en fin, una escribanía y algunos papeles que habia sobre la mesa, daban á todo este

aparato al aspecto de un tribunal secreto. Vais á ver que era uno de ellos.

Al poco tiempo entró mi Amo seguido de Machinka, y mandó al cochero y al repostero que se quedasen en la pieza inmediata. Luego que cerraron la puerta, mi Amo dijo á su ahijada que se sentase, y habló él el primero. La escena que voi á referiros ha quedado de tal modo impresa en mi imaginacion, que puedo contarosla sin cambiar una palabra.

Machinka, ¿quieres decirme cómo tu padrino, el bienhechor de tu familia, no ha sabido tu casamiento mas que por la voz pública? — Señor, el General nos habia prohibido daros cuenta hasta con-

seguir el consentimiento de los padres : este consentimiento se ha conseguido hace pocos dias , y sin la enfermedad de mi madre ya se os hubiera comunicado. — Pero no estaba mala cuando se le pidió tu mano : la carta del General se me debió remitir el mismo dia , y á mí me tocaba dictar la respuesta : tu madre ha faltado á los beneficios y al reconocimiento que me debe. Como dos locas os habeis entregado en manos de ese hombre , le habeis admitido sin mi consentimiento , temiais sin duda que yo desaprobare una union de amor con un desconocido. — ¡ Un desconocido ! no lo es ni para el General ni para nosotros ; pero antes de continuar tan extraño inter-

rogatorio , permitidme que os diga que me admira todo lo que veo ; el lugar en que estamos , el tono de vuestras preguntas , la diferencia entre vuestro language y el que usó Gregorio en vuestro nombre. Solo hubiera creido que me llamabais con el fin de dar vuestra aprobacion para el casamiento ventajoso que se me prepara ; y que las incomodidades que nos habeis causado queriais reponerlas , anticipando nuestra felicidad : ¿ qué significa esa mudanza repentina en vuestras ideas ? — Lo que quiere decir , que tu traicion me ha condenado á una ficcion indigna de mí : he engañado á Gregorio , y hubiera engañado al universo entero , porque todos los medios creia justos con tal

de tenerte en mi poder. Vamos, Machinka, deja esa arrogancia que no conviene á tu situacion: ¿has olvidado la ternura y los beneficios con que hemos honrado á tus padres? ¿No te acuerdas que tu padre al tiempo de morir pidió mi proteccion para su hija?— ¡Ah! no invoqueis este nombre sagrado y querido. El os condena, y os grita desde el fondo del sepulcro: «¿Qué has hecho del inocente depósito que te he confiado? ¿has hecho traicion á todas las leyes del honor! ¿has sido el buitrc que devora á su victima!»—Y por esto mismo ¿no eres tú mas culpable, engañando al que quiere darte su nombre? El ignora que estás en mi poder; pero si no renuncias su mano,

yo mismo iré á desengañarle, iré á librarle de la vergüenza de elegir por muger á la que fue.... — No os tomeis ese trabajo, porque me he adelantado á vos; me lo ordenaba mi conciencia, y he obedecido: con peligro de perder toda la felicidad de mi vida he hecho esta dolorosa confesion. He rebelado mi vergüenza. Mi desgracia, el fervor de mis votos y mis lágrimas prueban á la vez vuestra infamia y mi inocencia.

A estas palabras se encolerizó mi Amo, y yo temí que se precipitaba sobre Machinka como un lobo sobre su presa. ¡Miserable! exclamó con una voz que retumbó por toda la sala, corres á tu perdicion. Sabia que no me amabas; pero a-

mar á otro es un ultrage que debo vengar. — Os estimo lo bastante para no temeros. No abusareis de la confianza con que he venido sola á vuestra casa; me he fiado en vuestra honradez y en las promesas de Gregorio, y las quebrantais con el interrogatorio humillante que me haceis sufrir. Os suplico que me permitais volver á casa de mi madre; ante ella debe concluirse esta conversacion. No olvideis que solo teneis derecho para protegerme y no para perseguirme con todo vuestro aborrecimiento. No os opongais á mi felicidad. — ¡Tu felicidad! ¿y qué me importa cuando este casamiento destruye la mia. Yo querria mejor.... Escúchame: puedo hacer mucho por

tí; pero si desprecias mis bondades, si te resistes á copiar la carta que te voi á leer, no saldrás de esta casa. Machinka, debajo de esta sala hai un lugar en donde nunca penetran los rayos del sol. Si persistes aun en este casamiento, ya has pronunciado tu sentencia. Sí, serás encerrada en él; todo está preparado para recibirte, y....

No me intimidan esas amenazas. El cuidado de vuestro honor y de vuestra felicidad es mas importante que el triste interes de satisfacer vuestro resentimiento. Aunque pobre, ¿me creéis sin apoyo y sin defensores? El General, el Gobernador de la provincia, el.... pero sobre todo, el amor maternal vendrá á reclamarme y rom-

perá mis hierros. Dejadme pues volver á casa de mi madre; abrid vuestra alma á sentimientos mas dulces.

De ti depende quedar libre al momento. Solo exijo de ti que copies esta carta letra por letra: escúchala y decidirás de tu suerte y de la mia.

Entonces M. Voronitcheff leyó rápidamente una carta dirigida al prometido esposo. No me atreveré á decir todo lo que contenia, y solo me acuerdo que era una despedida absoluta. Decia que el temor de desagradar á su madre le habia hecho consentir en el matrimonio; pero que ella no le amaba, y que su corazon hacia tiempo que no era libre. La carta concluía con

una órden formal de no volver á su casa.

Hasta entonces solo habia opuesto Machinka á tan humillantes discursos una noble firmeza; pero desgraciadamente no pudo ya contenerse. Mientras mi Amo, que habia puesto la carta sobre la mesa, la invitaba á que se acercase á copiarla, su ahijada la tomó, la hizo pedazos y la arrojó á sus pies diciendo: «¡Y habeis creido que podria prestarme á tal infamia! — ¡Desgraciada! ¿qué haces? Si yo mismo reclamase el título de esposo: si... — ¡Vos mi esposo! ¡gran Dios! mas quisiera mil muertes.» A estas palabras pronunciadas involuntariamente, mi Amo furioso de celos tomó un pedazo de már-